



www.loqueleo.com

El gato y la madeja perdida

© Del texto: 2013, Francisco Montaña

© De las ilustraciones: 2013, Lorena Manrique

© De esta edición:

2016, Universidad Nacional de Colombia

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-59289-0-9

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición en Colombia: agosto de 2013

Primera edición en Loqueleo Colombia: marzo de 2016

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Francisco Montaña
El gato y la madeja perdida

loqueleo

A Vaca, la gata voladora
A la memoria de Jaime Carrasquilla, mi
profesor y el de mis hijos

“Sopló el viento”
Manuel Cepeda

“Pienso, luego desaparezco: Unión Patriótica”
Grafiti en Bogotá



Había pasado por lo menos la primera hora. La segunda podría estar en la mitad o al final, o al principio, no he podido recordarlo con seguridad. Es que ya ahora me parece que no se puede estar completamente seguro de nada. Por lo menos lo que he aprendido es que no se puede. Y después de lo que ha pasado, también entendí que es mejor aprender algo de todo lo que nos pasa y por lo menos eso espero, aprender. Si no, nada de lo que sucede, ni contarlos siquiera tendría sentido. Pero yo soy por naturaleza confiada y entonces pienso que sí, que contarlos sí tiene sentido. Y este es el momento para contarlos. En cambio lo que pasó, no sé. La verdad es que me cuesta encontrarle algún sentido.

Esa mañana yo misma no vi nada. Pero como tantas veces repitieron lo que ocurrió (lo he oído de mi papá, de mi mamá, de los pocos amigos que se han atrevido a hablarme de eso, de los periódicos que he leído con ganas de coleccionarlos, de los noticieros y hasta de gente en la calle), ahora pienso que, de haberlo visto, tal vez en este momento recordaría lo mismo.

Antes de que lo matara el *roquetazo* que le dispararon unos sicarios desde una camioneta blanca en plena autopista norte, mi abuelo había pasado por mi casa.

10 Cuando llegó, me despertó con su voz que no dejaba dudas. Me di cuenta de que todavía faltaba para la hora de mi levantada. Mi papá y él debían llevar encerrados en el estudio más de una hora. Cuando salimos a tomar el bus todavía seguían encerrados conversando muy pasito. Continuo, pero pasito, como un río después de la lluvia que trata de tranquilizarse. Mi mamá confirmó que nos habíamos servido el desayuno, puso tres tazas en un plato rojo y se metió al estudio con ellos. Llevaba en la otra mano una cafetera llena. Seguro que se lo tomaron todo. Les encanta el tinto por las mañanas. Y también me imagino de qué hablaron porque, como van a ver, si alguien me pregunta cuál fue el peor día de mi vida, seguro que en mi mente estaría este como uno de los más opcionados.

Sin duda hablaron de la *situación* de mi papá.

Últimamente, es decir como un mes antes de que asesinaran a mi abuelo, en mi casa se hablaba mucho de la *situación* de mi papá. Yo no entendía muy bien qué era esa *situación*. Solo sabía que era algo importante, porque cuando alguien se esfuerza tanto en que otros no entendamos, es porque se trata de algo importante, lo que olvidan es que los demás siempre entendemos y sobre todo entendemos que importante para la mayoría de los adultos es sexo o dinero. De eso se habla en un tono distinto del que se usa para hablar sobre ir al cine o hacer el

mercado. Solo por eso cuchichean y se inventan claves. Por sexo o dinero. Son cosas que a los niños no les interesan o les interesan distinto. Sin embargo, los adultos las esconden. Y al parecer la *situación* de mi papá llegaba ya a un momento crítico, pues mi abuelo, con lo ocupado que estaba por esos días, pasó esa mañana, la misma en que lo mataron, a hablar con mi papá sobre su *situación*.

Así es que esa mañana la puerta del estudio estaba cerrada y como en mi casa nunca cerramos las puertas, cuando alguien lo hace es porque en serio le parece mejor que los demás no veamos lo que pasa dentro. Por suerte para mí, esa mañana no obedecí, no me pude aguantar las ganas y antes de salir al paradero me metí al estudio y dejé que mi abuelo me abrazara. También mi papá. Pero otra vez por suerte, solo puedo decir que ese fue el último abrazo que me dio mi abuelo. Mi papá me ha dado muchos más y espero que no se acaben, aunque creo que es mejor pensar que las cosas solo pasan el día en que pasan y toca ser muy valiente, como yo, que esa mañana me metí al estudio a pesar de que me lo hubieran prohibido.

Y la mañana del día que lo mataron, detrás de la puerta cerrada no había otra cosa que un abuelo cariñoso, un papá preocupado y una mamá atenta, con una cafetera llena en la mano y una cara de obediencia que nunca le había visto antes, una niña juiciosa pendiente de cualquier cosa que pudiera arreglar. “Tienes que cuidarte”, le decía mi papá con frecuencia, esa mañana tal vez se lo dijo, tal vez no, pero cuando se lo decía, mi abuelo lo miraba como si los dos estuvieran frente a la pared más

grande del mundo atravesada en la mitad de un potrero. Una pared enorme y sin puertas que los separaba del lugar al que debían llegar. Tal vez sonreía porque para atravesarla tendría que luchar contra todas las fuerzas del mundo conocido y sabía que, ante eso, solo era posible sonreír e intentarlo. Así es que sonreía. Era él quien recibía las amenazas, los papeles entre las cuentas, las llamadas, la corona funeraria con su nombre o el de la familia. Él sabía perfectamente el tamaño de esa muralla que se le atravesaba en el camino. Pero de todas formas seguía haciendo lo que estaba haciendo, sonreía y seguía. Decía que no podía hacer nada distinto, aunque por eso lo mataran; si creía en la libertad, como en efecto creía, debía ser capaz de hacer lo que quería, era su libertad contra la cárcel que esa muralla le pretendía imponer. Y eso lo decía con la puerta abierta.

Así es que esa mañana no hablaban de la seguridad de mi abuelo. Tenían que hablar de la *situación* de mi papá. Yo no sospeché nada entonces. Fue después que até cabos, como dicen en los libros.

Después de abrazarlo, tuve que esperar a mi hermano, que no encontraba el gorro rojo de lana que no se quitaba nunca y que esa mañana no aparecía por ninguna parte. Después de insultarlo por inútil, porque lo es, lo ayudé a buscarlo: estaba encima de la nevera, en el trono de Pupila, el gato. Y salimos.

Afuera lloviznaba. “La pelusa”, le decía mi abuelo. “Cúbrete de la pelusa”, me decía. El paradero no era lejos, pero mientras llegamos sonreí pensando en lo rico que

olían mi papá y mi abuelo, como si los dos estuvieran hechos con la misma madera aromática y solo uno de ellos, mi abuelo, hubiera sido envuelto en una tela oscura de terciopelo que se hubiera desleído sobre él. Así olían. Distinto, pero casi igual.

La primera hora teníamos clase de Educación Física. Pero como la pelusa seguía cayendo no hubo. En cambio tuvimos reunión con Ricardo, nuestro profesor de Matemáticas y nuestro director de grupo. Hablamos de un caso que lo tenía preocupado. A mí me encantaba Ricardo. Había llegado a mitad de año a dictar Matemáticas y desde que le habíamos pedido que asumiera la dirección de nuestro grupo había ido resolviendo caso por caso. Era muy hábil y bueno. El de esta vez tenía que ver con Santiago, uno de nuestros compañeros, el arquero del equipo. Santiago estaba portándose muy raro, insultaba a todos y parecía que quisiera agarrar a patadas al mundo; y lo hacía. Pero Ricardo no abordó el caso directamente. Solo dijo que nos quería recordar lo importante que era preocuparnos por lo que había detrás de los comportamientos que nos molestaban y me puso a mí como ejemplo.

—Ana María —dijo y yo sonreí, pensé que me iba a hacer una broma. Pero no—. Por ejemplo, si tú estás en la tienda comprando una empanada y una gaseosa y de pronto recibes un balonazo que no solo te tumba todo lo que te ibas a comer de onces, sino que además de reventar la botella que tenías contra la pared, uno de los vidrios se te entierra en la mano, y no hay ningún partido

de fútbol cerca, precisamente porque las canchas están lejos de la tienda para evitar este tipo de accidentes, ¿tú qué pensarías?

14 Yo me tomé mi tiempo. Siempre lo hago, prefiero hacerlo; así es que miré a Santiago, que enrojeció cuando lo miré. Él, hace unos días, había hecho algo así. Le disparó un balonazo a María Virginia que la dejó sorda un buen rato y no se supo por qué lo había hecho. Accidente no había sido. Si hubiera pateado Carlos, mi hermano, tal vez, pero Santiago era de los mejores con el balón, no solo lo atrapaba en unas voladas increíbles, sino que era capaz de hacerlo pasar por una puerta entreabierta sin tocar la puerta ni el marco. Así que, aunque no lo nombrábamos, estábamos hablando de él, todos nos dábamos cuenta. Yo había sido amiga de Santiago, pero era la mejor amiga de María Virginia. Tenía que tener todo el cuidado con lo que dijera. Ella y yo habíamos jurado ser las mejores amigas para toda la vida y cosas de ese estilo. No quería hacerle daño. Y a Santiago tampoco. Me caía bien. Era divertido, se ponía muy rojo sin que estuviera pasando ninguna vergüenza, así, solo, rojo como un tomate. En primaria le decían *Caradetomate*.

—Pues, si no me atravesé y el balonazo no me hizo daño, trataría de saber quién lo pateó y si fue accidente —respondí. En lo de Santiago y María Virginia no se había podido determinar si él había sido el pateador, pero todos supusimos que sí—. Y en caso de que pudiera saberlo, trataría de hablar con él y averiguar por qué lo hizo.

—Bien —dijo Ricardo—. Gracias, Anita —me dijo. Solo él y mi papá me decían Anita. Mejor dicho, además de mi papá, solo a él le permitía que usara el diminutivo conmigo; siempre me había parecido ofensivo y tal vez alusivo a mi tamaño, porque sí, soy bajita y qué, eso ni me quita ni me pone. Pero a Ricardo lo dejaba decirme Anita. María Virginia me había mirado esperando que finalmente le pusiera fin a ese trato. Pero no lo hice. Me gustaba que él, pero solo él, me dijera Anita. Después empezó a hablar sobre la comunicación, su tema favorito. Al parecer sabía mucho de eso y pensaba que la única manera de mantener la civilización era comunicándonos claramente los unos con los otros. Dijo muchas cosas. Al principio yo seguí muy atenta sus palabras. Pero al poco tiempo me distraje. Ya llevaba varios días pensando en que a uno pueden gustarle las personas sin tener en cuenta lo que dicen, ni cómo lo dicen. Porque no es que me gustara tanto lo que decía Ricardo. El cuento de la comunicación no parecía dicho por él, sino por una monja vieja y trasnochada que lo usaba a él como ventrílocuo. Pero claro, él era el que hablaba, ahí no había nadie más, por lo menos nadie que pudiéramos ver. Y como sus palabras no me gustaban yo atendía a sus manos. Era como si de pronto todo empezara a moverse más lento, como en el agua, donde por más esfuerzo que uno haga por correr solo avanza un poquito cada paso. Y sus manos se movían lento. Y yo las miraba y pensaba: “¡Qué bonitas manos!”. Debía hablar con las manos y no con esas palabras prestadas que no dicen nada. En cambio sus manos,